

El 12 Viaje



BREVE HISTORIA DE LA PLASTICA CHILENA

Por ALFREDO ALIAGA S.

La historia de las artes plásticas en Chile se ha escrito a través de crónicas sueltas de diferentes autores y en distintas épocas. Estudiantes y literatos que gustan de estas actividades espirituales han hecho algunos estudios más profundos. Pero aún no existe la fácil divulgación de las etapas de nuestro desarrollo artístico.

Cuando se visitan países europeos sorprende la abundancia de información que encuentra el turista a través de revistas, libros, folletos, catálogos, monografías, reproducciones de obras, diapositivas, etc. Todos los medios de publicidad gráfica y oral se ponen al servicio del visitante de esos centros artísticos.

El arte de un país es el mejor reflejo de su espíritu. Por eso todo viajero en nación extraña pregunta e indaga por sus obras de arte existentes en museos o colecciones particulares, además de las expuestas en la vía pública.

La historia de nuestro arte plástico interesa a muchas personas. Desde luego a estudiantes, porque en la moderna enseñanza se ha introducido en sus programas. La dirección de la revista "En Viaje" ha comprendido este principio de destacar la expresión de los artistas chilenos. Ya los lectores de este órgano de información variada sobre Chile han podido conocer algunas obras de pintores contemporáneos. Ahora iniciamos una serie panorámica sobre las épocas y maestros más destacados de la plástica nacional, que desde la etapa de los precursores se ha venido acentuando hasta colocar a nuestro país en la avanzada de la expresión estética.

Deseamos, también, recibir la cooperación de algunos coleccionistas de cuadros y esculturas para reproducir esas obras, pues existen varias galerías particulares de gran valor, fruto del buen sentido de selección y refinado espíritu artístico de sus propietarios. Será una ocasión de dar a conocer a muchos que no han tenido el agrado ni la oportunidad de contemplar esos valiosos originales.

N. de la R.

LAS PRIMERAS CONSTRUCCIONES Y ARTESANIAS

Una colonia incipiente, cual era el Chile de aquella lejana época de la conquista, necesitaba ante todo de elementos prácticos, funcionales, tanto de la vida del hogar como de la lucha conquistadora. Por eso los arcos del soldado y sus caballerías, los elementos de labranza, las olleras y adminículos de comedor y cocina, las imágenes religiosas y todo el ajuar de los altares fueron las primeras manifestaciones artísticas. De mucha preocupación fue para cada uno de estos grupos alcanzar perfección, ya que no era sencillo traer cosas de las metrópolis de España.

Es así como los frailes jesuitas, muy atentos siempre a iniciar derroteros industriales y de arte, tuvieron en su superior, el padre Carlos Haymhausen, el hombre clave que les aportó los técnicos europeos que impulsaron el desarrollo de muchas artesanías.

La ciudad de Santiago, inestable por la lucha con los indígenas sacudida por los terremotos de 1647 y 1730, tuvo un atraso en el desarrollo artístico de ese entonces. Al ocurrir ese primer sismo, Santiago no tenía más de trescientas casas junto a una docena de iglesias, además de capillas y monasterios. Entre esas iglesias, la principal era la de la Compañía de Jesús, iniciada en 1594 y finalizada en 1631 por Miguel de Teñá, un arquitecto de esa orden. Deruida, igualmente, se le reedificó a través de cuarenta años, pero el terremoto del año 1730 la arruinó de nuevo. Parecía haber en el destino de ese templo y de la orden misma un espíritu de desgracias, pues reconstruida, por tercera vez se incendió en 1841 y 1863. Su estilo correspondió a las líneas del barroco.

Como ese templo se levantaron pujantes otros en Santiago antiguo y la historia de sus arquitecturas, su decoración interior y el entusiasmo puesto en la cooperación de sus vecinos o feligreses constituyen realmente el aporte más importante y precursor del espíritu artístico en Chile.

Una segunda etapa constructiva más

sólida se inicia con la reedificación del templo de Santo Domingo, toda ella en piedra de cantería. Se inauguró en 1771 y vislumbra las líneas del neoclasicismo. Pero es con la llegada del arquitecto Joaquín Toesca y Richi cuando se inician las grandes obras de ese estilo. Además de su obra principal, el Palacio de la Moneda, fue encargado de terminar el frente de la Catedral, el palacio de la Intendencia y el palacio de los presidentes y el Cabildo. Hubo, junto a la construcción religiosa, otras obras de carácter monumental como fue el puente de cal y canto sobre el Mapocho. La historia de ese puente y sus tajamares bien se merece una reconstrucción cinematográfica, donde se resucitaran las inquietudes y desvelos del Corregidor Zañartu. Y acertado sería que el historial de esos primeros monumentos arquitectónicos se divulgase más, ya que existen espíritus estudiosos y especializados que han reunido rico archivo, como

el que han formado don Eduardo Secchi, el señor Peña Otaegui y otros.

En el aspecto de las mansiones particulares todo el esmero se derrochaba en sus fachadas. Para el gustador de estas evoluciones artísticas es atrayente observar en viejos grabados los imponentes frontones y los dinteles, vigas y puertas talladas en maderas resistentes, regularmente de canelo, ciprés y patagua. Si se llevase a la realidad el proyectado museo sobre el pasado de la ciudad de Santiago cabrían en él tantos detalles interesantes como las rejas de hierro, las puertas con gruesos topoceros golpeadores de formas originales, los faroles de iluminación nocturna, el ornato de patios y veredas con piedras de huevillo, las bocacalles de imaginación caprichosa, etc. Y pensemos luego en todo aquel detalle del hogar mismo que fue llegando y fabricándose cada vez más diferenciado en un barroquismo fusionado a lo genuino de América. Y en medio de esos tantos detalles que formarían un museo, nos ocuparemos más detenidamente de las primeras esculturas y pinturas realizadas en Chile.

Detalle de los balcones del palacio "La Condesa Toro", en Santiago

